

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



Fotografía “*Si el norte existe, el sur es esclavo*” de Octavio Martínez Michel, Santiago Chile, 2024.

EL TRABAJO YA NO ES LO QUE ERA DE ALAIN SUPIOT

Octavio Martínez Michel

En la clásica novela de Edward Bellamy “el año 2000” el autor estadounidense nos presenta una imagen de ese año que no puede dejar de extrañar a una persona que haya traspasado el umbral del siglo XXI. Bellamy nos relata el extraño caso de Julian West: un hombre rico de Boston que sufre insomnio y se somete a una mesmerización para conciliar el sueño en 1887. Por una serie de circunstancias no del todo claras, nadie despierta a West y este se queda en un estado vegetativo durante 113 años, despertando por una casualidad en el año 2000. Esto quizás no sea especialmente extraño para nosotras, habitantes del siglo XXI, pues es una situación que podemos imaginar fácilmente. No creo que nos sorprendería demasiado enterarnos de que se han desarrollado tecnologías que nos pudieran dormir por 20, 50 o 100 años. Lo que sí nos extrañaría, sería despertar en el mundo en el que despierta West: una utopía igualitaria en la que la acumulación de capital en manos de particulares no existe, las herencias no son deseadas por nadie porque son una carga, las personas tienen lo necesario para vivir dignamente, y el trabajo se ha organizado de tal forma, que las personas se retiran a los 45 años haciendo un trabajo que les daba la satisfacción de haber retribuido a la sociedad y a sí mismos.

Un mundo así nos sorprendería porque lo que hemos experimentado tanto a finales del siglo XX, como en el primer cuarto del siglo XXI, es precisamente el desmoronamiento de todo aquello que hubiera hecho posible una utopía como la que imaginaba Bellamy. Hemos sido testigos de una desmedida acumulación de capital en manos de particulares, hemos observado cómo las herencias perpetúan las riquezas y las desigualdades, vemos millones de personas arrojadas a las crueles fauces de la pobreza y trabajamos sin descanso, ni satisfacción desde muy jóvenes y hasta los últimos años de nuestras vidas.

Julian West, el protagonista de Bellamy despierta en ese mundo y está tan sorprendido como lo estaríamos si despertáramos en el año 2138 y nos encontráramos en un mundo que ya no está sujeto

a las injusticias y horrores del capitalismo. Ni él, ni nosotros tenemos razones para creer que en el siglo siguiente eso es lo que sucederá. Justo por eso es importante regresar a la novela de Bellamy, porque imaginarse una sociedad más igualitaria y una vida más gozosa es parte indispensable de lo que se necesita para que las ciencias sociales y humanas sean algo más que elucubraciones doctas o buenas intenciones sobre el papel.

Con todo, hubo un momento en la historia del siglo XX en que parecía que se caminaba en un rumbo distinto al de las distopías tecnológicas, la crisis ecológica y el colapso moral que nos acecha. Al menos eso nos relata Alain Supiot en su última lección para el *Collège de France*, publicada en español bajo el título *El trabajo no es lo que fue* y cuya edición fue preparada por la editorial Siglo XXI Argentina. En este ensayo, Supiot nos pide reflexionar en que, si bien el mundo se encuentra dominado ahora por lo que él llama “la gobernanza de los números”, es decir, la presuposición de que el cálculo y las ganancias están por encima de cualquier otra consideración al momento de organizar la vida. Si bien esto es así, nos advierte Supiot, es importante saber que no siempre fue así: los pactos internacionales en materia de trabajo hechos después de la Segunda Guerra Mundial nos indicaban que las trabajadoras y trabajadores, los movimientos sociales, las academias, abogadas y abogados fueron capaces de imaginar y organizar un mundo mucho más justo que el que había existido antes de las dos grandes guerras y también más justo que el de nuestro tiempo.

Recurriendo lo mismo a Karl Polanyi que a Simone Weil, Supiot nos explica que la construcción del Estado de Bienestar o Estado Social de Derecho -aquella institucionalidad paradigmática de la posguerra- no fue una simple concesión que hizo la clase política y la élite económica a la clase trabajadora para evitar la radicalización de esta y así escapar del *fantasma del comunismo*. Por el contrario, aquel modelo institucional, fue el producto de luchas obreras que buscaban la justicia social, la igualdad política y la democracia económica. Para Supiot, la erosión de los derechos que acompañaban a las clases trabajadoras en dicho Estado es consecuencia del ascenso de la ideología neoliberal, de los drásticos cambios que sufrió el trabajo con la revolución de las telecomunicaciones; pero también consecuencia de la incapacidad dentro de las academias y de los movimientos sociales para dejar a un lado la nostalgia y el pesimismo para pensar el Estado de Bienestar a futuro.

Uno de los pilares teóricos para poder pensar dicho Estado es la democratización económica, la cual, según Supiot ha perdido cada vez más terreno frente a las muy diversas agendas del reconocimiento. Así, retomando a Paul Ricoeur, advierte cómo las agendas de reconocimiento, si no están acompañadas de justicia social pueden llevar a la victimización y ser fuente de donde pueden beber movimientos xenófobos y etnocapitalistas. Estos movimientos, nos dice Supiot, tomarán la ira que provocan la precariedad, el control que ejercen las tecnologías de comunicación sobre nuestras vidas y la imposibilidad de pensar un futuro gozoso, para encaminarla hacia horizontes identitarios en los que el extranjero sea el culpable y la justicia social sea intercambiada por un deseo de dominación al otro.

No hay paz durable sin justicia social, nos recuerda Supiot al insistir sobre la relación entre trabajo y justicia, así como sobre la importancia de reavivar las discusiones sobre la democracia económica. Según su perspectiva, desde la Grecia antigua la justicia en el trabajo ha sido el móvil de grandes transformaciones y hoy no tendría por qué ser diferente, pero para movilizar fuerzas que desde el mundo del trabajo impulsen la justicia para el siglo XXI, primero es necesario dejar de ver con nostalgia el mundo de la posguerra. Es necesario admitir que el trabajo ya no se rige por la lógica industrial de aquel entonces, sino por la lógica del algoritmo que hace funcionar las tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Admitir también, que los dueños del capital financiero de las corporaciones tecnológicas aspiran tanto al control corporal, como mental de las y los trabajadores. Por último, admitir que los mecanismos culturales del capitalismo son perfectamente capaces de cooptar las luchas por el reconocimiento y meterlas al campo de la producción, la mercancía, la ganancia y la gobernanza por números.

A esta dificultad, podemos sumarle el reto enorme que implica pensar el trabajo -y la justicia social que camina junto a él- desde horizontes discursivos y técnicos en los que la fuerza laboral ya no trabaja para un patrón, sino para una corporación que se niega a establecer una relación laboral con las personas y donde quienes trabajan están sometidos por “trampas lúdicas” que han suplantado la mirada del capataz, el reloj de la fábrica o un visible dueño del capital. Estas trampas, son creadas por un algoritmo que incita a los “jugadores” a competir contra sí mismos y contra sus propias limitaciones biológicas para obtener la mejor calificación y así aspirar a los mejores premios. El caso paradigmático de esto por supuesto es Uber, una empresa donde el trabajador es un “socio conductor” y donde nunca hay un rostro, sólo un software que te informa de tu

calificación, tus penalizaciones y los retos que tendrías que superar (la cantidad de viajes que tendrías que hacer) para poder mejorar tus ingresos.

Según Supiot, justo porque el trabajo se realiza bajo esta dinámica, es importante comenzar a pensarlo más allá de su relación con el salario. En la medida en que la razón primordial por la que trabajamos es obtener dinero, el trabajo se experimenta como pura alienación. Echando mano de Castoriadis, Supiot afirma que el capitalismo no sólo agota las reservas materiales y naturales de nuestro planeta, sino también las reservas espirituales y morales de nuestra especie. Por ello la justicia social y laboral del siglo XXI implicaría redistribución de la riqueza, respeto a las culturas y los entornos naturales, reconocimiento de la dignidad de las personas (que el trabajo tenga un sentido y no sea sólo ganar dinero) y una justa división del trabajo, es decir una sociedad donde cada una y cada uno tenga su propia dosis de las penurias y alegrías que genera el trabajo. Mientras el trabajo sea sólo salario, nunca habrá posibilidad de justicia.

Por otra parte Supiot nos invita a pensar lo que ha implicado la revolución informática y lo que podría ser. En el trabajo hemos vivido sólo la parte oscura de esta revolución, mientras su parte luminosa ha quedado de lado. La informática y su cálculo podría ser capaz de liberarnos de muchas tareas que ocupan nuestro tiempo, lo que nos permitiría encausar nuestras actividades a lo que él llama “el sentido de la obra”. Es decir, dirigir nuestros esfuerzos hacia aquella parte del trabajo en la cual éste conecta con el sentido de nuestra vida. Sentirnos parte de un proyecto creativo o productivo, sentir que lo que hacemos tiene un porqué que no es meramente monetario. Es por ello que requerimos retomar la discusión de la democracia económica, porque si no avanzamos hacia un control colectivo de las plataformas, su uso y sus ganancias económicas; si no logramos redistribuir las ganancias que los dueños de los gigantes tecnológicos asumen como suyas, pero que son producto del trabajo colectivo, estaremos cada vez más sujetos al control de esos gigantes sobre nuestras vidas. Y el control de esas plataformas sobre nosotras, implica que serán los dueños de ellas quienes no realicen su parte en la distribución social del trabajo, mientras cada una de nosotras estará alimentando económica, social, laboral y antropológicamente sus corporaciones sin recibir lo justo a cambio.

Para Supiot es indispensable romper la lógica del trabajo–salario y del trabajo–mercancía para avanzar una agenda de justicia social. Porque los humanos no sólo trabajan por dinero, ni su trabajo es una mercancía y en la medida en que lo sigamos pensando así, nuestra vida laboral seguirá

sometida a la gobernanza de los números, el cálculo y el algoritmo. Los números, el cálculo y los algoritmos, deben estar sometidos al control democrático para poder pensar una vida tal y como la que plantea Bellamy en su novela, un mundo del que se maravilla Julian Watson porque en él los seres humanos pueden desplegar lo mejor que tienen de sí y donde las guerras, la pobreza y la desigualdad han desaparecido para dar paso a una sociedad en la que los humanos pueden dedicar mayor tiempo a todo ello que suponemos hace que la vida valga la pena.

Dice David Frayne en su texto *El rechazo al trabajo* que para quienes nos dedicamos a las ciencias sociales y humanas, es indispensable que podamos pensar que el mundo en el que vivimos puede ser diferente y que las condiciones de injusticia pueden modificarse, pues de lo contrario lo que hacemos es sólo una especie de descripción del desastre en la que nos regodeamos. Tanto el texto de Supiot, como el de Bellamy se antojan como buenas invitaciones para salir de ese gozo apocalíptico.

Bibliografía

Bellamy, Edward (2011). *El año 2000*. Madrid: Capitán Swing.

Supiot, Alain (2022). *El trabajo ya no es lo que fue. Cómo Pensarlo de nuevo en un mundo que cambió (y nos tiene desconcertados)*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.